

mible para restablecer el culto antiguo, prueban que es tan imposible resucitar los siglos como los muertos. Ciento cincuenta años antes había inaugurado también Plinio el joven que se podía estirpar el Cristianismo. La tentativa retrógrada de Juliano, acontecimiento único en la historia antigua (95), tiene hartos ejemplos en la historia moderna: cuantas veces los que navegan agua arriba han intentado hacer retroceder la corriente del tiempo, otras tantas, sumergidos luego, no han logrado más que acelerar su naufragio.

Joviano volvió del desierto, con soldados desnudos, que tenían que mendigar su pan: el legionario que había conservado un pedazo de su pica ó de su escudo, ó que ostentaba colgando sobre la espada uno de sus borceguies, ensalzaba su arrojo: así hubiera acontecido á los Persas si Juliano hubiera vivido, según dice Libanio. El fin de la retirada del ejército, marcó el término de la vida de Joviano: su esposa le había salido al encuentro para participar de la púrpura, y halló su acompañamiento fúnebre. Los oficiales civiles y militares, los eunucos y el ejército intentaron colocar la diadema en la frente de Salustio que la rehusó segunda vez. La elección, después de las proposiciones de distintos candidatos, se fijó en Valentiniano, confesor de la fe en el reinado de Juliano: no había estudiado, pero poseía una elocuencia natural. Treinta días después de su elevación, asoció al imperio á su hermano Valente; nombre fatal que recuerda la última y definitiva invasión de los Bárbaros.

Entonces se verificó; y para siempre, la división del imperio de Oriente y del imperio de Occidente. Valentiniano estableció su corte en Milan, y Valente en Constantinopla. Los dos hermanos se ausentaron del castillo de Mediana, que dista tres millas de Naisa, donde se había verificado la partición del imperio romano: encamináronse juntos á Sirmio, donde se abrazaron, se separaron, y no volvieron á verse nunca (96).

ESTUDIO TERCERO.

PRIMERA PARTE.

DESDE VALENTINIANO I Y VALENTE, HASTA GRACIANO Y TEODOSIO I.

PARA evitar la confusión de los objetos, será preferible ver por separado lo que ocurría en los imperios de Oriente y de Occidente, sin perder de vista, no obstante, su enlace, y lo que había de común en los sucesos, costumbres y leyes de las dos grandes divisiones del mundo romano.

El Occidente, que le había tocado en suerte á Valentiniano*, comprendía la Iliria, la Italia, las Galias, la Gran-Bretaña, la España y el Africa: el Oriente, confiado á Valente, abrazaba el Asia, el Egipto, la Tracia y la Grecia.

La residencia particular de Valentiniano era en Milan, y la de Valente Constantinopla; pero ambos emperadores se trasladaban al sitio que reclamaba su presencia.

En Occidente tuvo Valentiniano que pelear contra los Alemanes que se arrojaron sobre la Galia, y fortificó de nuevo la línea del Rin. Aparecieron los Borgoñones salidos de los Vándalos que habitaban las márgenes del Elba: daban á su rey el nombre genérico de Hendinos, y á su gran sacerdote el de Sinistro (1). Los Borgoñones, enemigos de los Alemanes,

* Valentiniano, Valente emperadores. Félix, Dámaso, papas. De J. C. 364-367.

formaron alianza con Valentiniano, y se comprometieron á suministrarle un ejército de ochenta mil hombres.

Los Sajones y los Francos volvieron á presentarse en las costas de la Galia y de la Gran-Bretaña, y los Pictos y los Escotos asolaron esta última provincia. Teodosio, general de Valentiniano, los rechazó hasta el fondo de la Caledonia.

Los pueblos de la Getulia, la Numidia y la Mauritania, asolaron el Africa; enviósse á Teodosio para repelerlos y castigar la avaricia de Romanus, comandante militar de aquella provincia y logró buen éxito en la primera parte de su misión.

Valente y Valentiniano persiguieron con todo el rigor de las leyes romanas á sus súbditos acusados de magia; numerosas fueron las víctimas en Roma y en Antioquía. Máximo, tan famoso en el reinado de Juliano, y otros filósofos sucumbieron: Yámblico se envenenó, y Libanio pudo apenas librarse de la acusación (2).

Valente era tirano por debilidad, Valentiniano por cólera. Dos osas (cuyo nombre declara la historia, Inofensiva y Lentejuela dorada), tenían sus jaulas al lado del dormitorio de Valentiniano, y las alimentaba con carne humana.—Inofensiva logró en premio de su mérito el volver á sus bosques (3).

El emperador de Occidente deslustraba sus grandes cualidades con su temperamento cruel, y condenaba al fuego por las menores faltas. Milan tuvo sus víctimas, que recibieron por la injusticia de la sentencia el nombre de inocentes: todo deudor insolvente sufría la pena de muerte; y si un reo recusaba un juez, enviábanle por lo mismo al tribunal de este (4).

Nos sorprende la arbitrariedad de los suplicios que manchan los anales de Roma: parecía haberse abandonado al capricho de los magistrados y de los particulares el género de penas que debían aplicarse; las leyes criminales de los Romanos eran muy inferiores á sus leyes civiles. No fijamos bastante la atención en las mejoras evidentes introducidas en las leyes por la mansedumbre de Cristo. Como estamos acostumbrados á leer hechos atroces, cuando vemos á los hombres despedazados con garfios, expuestos desnudos y frotada con miel la picadura de las moscas, atormentados á semejanza de los prisioneros de guerra de los Iroqueses por orden de un juez, ó por la venganza de un simple acreedor, no inquirimos cómo acontecía esto en las naciones civilizadas del mundo antiguo, y por qué no sucede en las naciones civilizadas del mundo moderno. El progreso tan lento de la sociedad no alcanza á explicar estas variaciones, necesario es reconocer una causa más pronta; más eficaz, más general, y esta causa es el espíritu del Cristianismo.

La sangre de los emperadores paganos se descubre de nuevo en las crueldades de Valentiniano; y el carácter de los emperadores cristianos, en las leyes que mandan que los médicos asistan á los pobres, y que prohiben la exposición de los niños (5). ¡Honor á la benignidad evangélica, á la cual se debe la abolición de una costumbre que autorizaban las legislaciones más famosas de la antigüedad!

Entre las leyes de Valente y de Valentiniano debe señalarse también el establecimiento de las escuelas, modelos de nuestras universidades: la educación pública espiró con la libertad pública, y los colegios modernos tuvieron su origen remoto en los siglos de esclavitud y decadencia del imperio romano.

Valentiniano dió á las ciudades defensores oficiosos (6), especie de magistrados elegidos por el pueblo (7); de donde provino que las iglesias convertidas en una especie de municipios, tuvieron á su vez defensores que se trasformaron en campeones en la edad media. La libertad política se había convertido en privilegios de vecindad: vemos por todas partes á

los emperadores dirigiendo cartas y rescriptos á las municipalidades de las diferentes provincias de Europa; Africa y Asia.

Siguiendo la serie de las instituciones con el código en la mano, observamos con una admiración que participa de agradecimiento, que el trabajo de los príncipes cristianos tiende principalmente á atenuar las condenas criminales y á reformar las costumbres: los hijos de los justiciados recobran los bienes paternos; mejórase la suerte de los pobres y de los esclavos por medio de reglamentos: multiplicanse asimismo los casos de libertad y castíganse los vicios abominables cantados por los poetas, y protegidos por los magistrados. En una palabra, en la colección de las leyes romanas debe buscarse la verdadera historia del Cristianismo, mucho más que en los fastos del imperio.

Valentiniano concedió el libre ejercicio del culto á sus súbditos, y no se inclinó á partido alguno en las contiendas religiosas (8): creyóse tanto más autorizado á ejercer esta tolerancia, cuanto más independientemente se había mostrado cristiano, en el reinado de Juliano. Sin embargo, prohibió á los paganos los sacrificios, y las asambleas á los Maniqueos y Donatistas. Puso también límites al acrecentamiento de las riquezas de la Iglesia y á la multiplicación de las órdenes monásticas; vedó al clero admitir en la clericatura á los propietarios del pueblo y á los decuriones de las ciudades, á menos que estos abandonasen sus bienes á la municipalidad de que eran miembros, ó á algunos de sus parientes (9). También se prohibió al clero aceptar legados testamentarios. Ya el poder y la fortuna habían producido la corrupción, y Dámaso disputó la sede de Roma á Urímo, viniendo á las manos (10): halláronse por la mañana ciento treinta y siete muertos en la basílica de Sicinio, que hoy se llama Santa María la Mayor.

Valentiniano había tenido de su primera mujer Severa un hijo llamado Graciano, al que elevó en Amiens el 24 de agosto del año 367 al rango de Augusto, sin crearle primero César, según era costumbre. Se ha inquirido la causa de semejante innovación, y es evidente: su padre poseía á la sazón dos imperios, y Graciano, de edad de ocho años, no era ya un César ó un general nombrado para defender una parte del Estado, sino un heredero que había de suceder en la soberanía á Valentiniano.

Este emperador repudió á Severa, y se casó con Justina, siciliana de origen, la cual, según dice Zósimo, estuvo casada primero con el tirano Magnencio. Justina era arriana, mas no declaró su herejía hasta después de la muerte de Valentiniano. Dió al emperador un hijo que se llamó Valentiniano II, y tres hijas, Justa, Grata y Gala; esta última fue la segunda esposa de Teodosio el Grande.

Los Guados y los Sármatas, justamente irritados con la traición de los Romanos, que después de haber atraído á su rey Gabino á una entrevista, le habían asesinado, asolaron la Iliria: Valentiniano corrió al frente de las fuerzas de la Galia, y murió repentinamente en Bergocion (11) de un acceso de cólera, en una audiencia que daba á los diputados de los Cuados suplicantes.

Mallobaudo ó Mellobaudes, jefe de una tribu de Francos, había obtenido un mando en el reinado de Valentiniano, y se había distinguido por sus proezas militares; á la muerte del emperador acometió con Equicio, conde de Iliria, la empresa de hacer prevalecer los derechos de Valentiniano, hijo de Justina, sobre los de Graciano, hijo de Severa. Proclamaron en efecto emperador á Valentiniano II; pero su hermano Graciano* que ya era Augusto, en vez de ofenderse reconoció la elección. Tocó en suerte á Va-

* VALENTE, GRACIANO, EMPER. DAMASO, PAPA. De J. C. 376-378.

lentiniano la Italia, la Iliria y el Africa: Graciano guardó para sí las Galias, la España y la Inglaterra, ó quizás no se verificó una partición verdadera. Lo que hay de cierto es que Graciano gobernó solo el Occidente hasta su muerte, porque Valentiniano era todavía niño y no había salido de la tutela de su madre.

Valente no aprobaba estos arreglos pacíficos entre sus sobrinos; pero los movimientos de los Godos detuvieron su intervención en negocios de menor importancia.

Puesto en posesión del imperio de Oriente por Valentiniano I, Valente había tenido que sufrir grandes pruebas desde los primeros días de su reinado. Procopio que mandaba el ejército de Mesopotamia; se vistió la púrpura en la misma Constantinopla por la autoridad de dos cohortes galas; y queriendo legitimar su usurpación, casó con Faustina, viuda del emperador Constancio, la cual tenía una hija de edad de cinco años, en la que miraban las legiones el último vástago de la raza de Constancio. La rebelión de Procopio duró poco; abandonáronle sus soldados á la voz de sus capitanes que guardaron su fe. Arrastraron á Procopio rendido al campo del emperador de Oriente, donde fue decapitado.

Valente sostuvo débilmente contra Sapor á los reyes de Armenia y de Iberia. Señálanse en esta guerra las aventuras de Para, rey de Armenia, monarca fugitivo como tantos otros, protegido primero por los Romanos, y degollado después por ellos en un banquete.

Los Godos, que habían permanecido fieles á la familia de Constantino, se declararon contra Valente en favor de Procopio, marido de la viuda de Constancio. Valente consiguió algunas ventajas sobre estos bárbaros, y la paz fue el resultado de tales triunfos, hasta que seis años después los Hunos precipitaron á los Godos contra el imperio. Valente profesaba la religión arriana, y persiguió á los católicos, á quienes daba el nombre de Atanasianos: era á la sazón su jefe San Basilio desde la muerte de San Atanasio. A este hombre grande, solitario y caritativo; se debe la fundación del primero de los monumentos levantados á las miserias humanas; monumentos que son la gloria eterna del Cristianismo. Los monges, casi todos católicos, se habían acrecentado por el espíritu y las desgracias de su tiempo. Valente los mandó arrebatar á mano armada; violentáronlos á alistarse en las legiones, y cuando se resistieron los asesinaron.

Llegamos al famoso acontecimiento que apresuró la caída del antiguo mundo.

Desde sus expediciones marítimas, los Godos, que se mantenían en paz con los Romanos, se habían multiplicado en los bosques, sujetando en torno suyo á las demás poblaciones bárbaras. Hermaurico, rey de los Ostrogodos, y de la noble estirpe de Amalis, se hizo conquistador á la edad de ochenta años; á los ciento y diez iba aun á los combates, y era el único contemporáneo de su gloria (12). Conquistó á los Herulos y á los Venedos, y su poder se extendía por los bosques y sobre las hordas que había en ellos, desde el Ponto-Euxino hasta el Báltico, por detrás de las tribus sajonas, alemanas, francas, borgoñonas y lombardas, más inmediatas á las márgenes del Rin: el Danubio separaba el imperio salvaje de los Godos, del imperio civilizado de los Romanos. Los Visogodos, reunidos á los Ostrogodos, les habían cedido la preeminencia: sus jefes, entre los cuales se distinguían Atanarico, Fritigerno y Alavivo habían renunciado el nombre de reyes para descender ó ascender á la dignidad de jueces (3).

A este estado habían llegado las naciones góticas de las fronteras del imperio de Oriente, cuando de improviso se divulgó la voz de que una raza desconocida había atravesado la laguna Meótides. Anuncióse la presencia de los Hunos con un terremoto que con-

movió casi todo el suelo del mundo romano, é inclinó la corona en la cabeza secular de Hermaurico. Los Hunos eran la última gran nación destinada á la destrucción de Roma, y las otras naciones habían hecho alto para esperarlos, porque venían de lejos. Apenas aparecieron, oyóse hablar de los Lombardos, postrera oleada de aquel Océano.

Un nuevo sistema histórico supone que los Hunos eran descendientes de los pueblos Uralo-fineses. En este sistema fundado sobre una crítica mas perfecta y sobre un conocimiento mas avanzado de los pueblos y de las lenguas del Asia y de la Europa Septentrional, síguese no obstante con menos facilidad la marcha y los progresos de los soldados futuros de Atila.

En el antiguo sistema que Gibbon adoptó, es mas fácil no perder el hilo. Desechando de la primitiva monarquía de los Hunos la parte confusa y romántica, dejando á un lado lo que pudieron, ó no, hacer los Hunos en el Norte de la muralla de la China, y su derrota por el emperador Voulé, de la dinastía de los Hunos; encuéntrase que en tiempo de la misión de Cristo dos divisiones de Hunos se adelantaron en Occidente, la una hácia el Oxo, y la otra hácia el Volga: esta se fijó en la costa oriental del mar Caspio, y fue conocida con el nombre de Hunos blancos, que tuvieron frecuentes encuentros con los Persas.

La otra division de los Hunos penetró difícilmente por el Volga y conservó sus costumbres, aumentando su fuerza por medio de alianzas voluntarias, de la reunion de los pueblos conquistados, y del hábito de los combates: esta division subyugó á los Alanos, y la mayor parte de los vencidos ingresó en las filas de los vencedores, mientras que una colonia independiente de los primeros fué á confundirse con las razas germánicas, y á asociarse á la guerra que sostenían contra el imperio (14).

Los Hunos parecieron formidables á los mismos Bárbaros; y cuando hubieron pasado la laguna Meótides, halláronse en presencia de los tributarios del poder de Hermaurico. Las dos monarquías de los Hunos y de los Godos, compuesta la una de salvajes á caballo, y la otra de salvajes á pié; es decir, las dos razas escita y tártara, se encontraron. Los Godos se hallaban divididos: Hermaurico, abusando del poder, había mandado descuartizar á la mujer de un gefe roxolano que se había separado de su servicio (15). Los hermanos de la víctima la vengaron traspasando á puñaladas á Hermaurico, inútilmente escudado con su edad secular, y á quien ciento y diez años habían dejado aun sangre en el corazón: no sucumbió en el momento mismo. Belamiro, rey de los Hunos, se aprovechó de este acontecimiento; atacó á los Ostrogodos, á quienes abandonaron los Visogodos; Hermaurico, impaciente con el dolor que le causaba su herida, y atormentado aun mas con la ruina de su imperio, puso fin á unos días que la muerte había olvidado (16). Withimero, encargado despues de su muerte del gobierno, dió contra los Hunos y los Alanos una batalla en que fue muerto (17). Safrax y Alateo salvaron al jóven Witerico, rey de los Ostrogodos, y condujeron los restos independientes de sus compatriotas á las orillas del Nierster.

Sin embargo, los Visogodos, separados de los Ostrogodos, se habían retirado á las tierras de los Gépidos sus aliados, y hasta en ellas los persiguieron los Hunos. Un cuerpo de caballería tártara vadeó el Nierster por la noche á la claridad de la luna: Atanarico, juez de los Visogodos, que defendía las orillas del río, logró llegar á una altura con su ejército, é intentó fortificarse allí; pero los Visogodos se precipitaron hácia el Danubio, y enviaron embajadores á Valente, conjurándole á que les concediese la Mœsia Inferior por asilo, y ofreciendo abrazar la religion cristiana. Valente, dice Jornandez, envió algunos obispos here-siarcas á los Visogodos, é hizo de estos suplicantes,

sectarios de Arrio en vez de discípulos de Jesucristo. Los Visogodos comunicaron el veneno á los Gépidos, sus huéspedes, y los Ostrogodos sus hermanos; deramáronse por la Dácia, la Trácia y la Mœsia Superior, y todos los Godos se convirtieron al arrianismo (18).

El historiador se equivoca; no eran todavía cristianos todos los Godos en el año 376, pero habían recibido ya las semillas de la fe. En el concilio de Nicea dieron á Teofilo el título de obispo de los Godos (19), quienes tenían un pequeño santuario católico en Constantinopla. Hácia el año 325, Audio, gefe de un cisma, fue desterrado por Constantino á Escitia; penetró este entre los Godos, predicó el Evangelio, y estableció en su país monjas, ascetas y monasterios (20). Los mismos Godos habían ejercitado en extremo la crueldad de la persecucion arriana de 372; y este pueblo fugitivo, diputó á Constantinopla en 376 al célebre obispo Ulfilas (21).

Fritigerno y Alarico mandaban á los Visogodos que tendían las manos á Valente; Atanarico, seguido de algunos compañeros, no quiso presentarse en las tierras del imperio en calidad de perjuro ó de suplicante, y se retiró á los bosques de Transilvania.

Valente, hipócrita sectario, se creía un político profundo, y accedió á la petición de los Visogodos, felicitándose porque se acantonaban en las fronteras de sus Estados unos guerreros que prometían defenderle y hacerse arrianos. Quiso que acampasen todos aun aquellos á quienes podia atacar una enfermedad mortal (22); pero puso dos condiciones al beneficio: que los Visogodos entregasen sus hijos y sus armas; sus hijos en rehenes, y sus armas como vencidos. ¡Y Valente pretendía que aquellos brazos desarmados se levantasen para proteger su cabeza! Los Visogodos se sometieron.

Las lluvias habían hinchado el Danubio; reunieron un sin número de barcos, balsas, troncos de árboles ahondados, y vióse por permiso de Dios á los Romanos ocupados noche y dia en trasladar al imperio á los destructores del imperio. Comisarios nombrados para este objeto, intentaron contar los Bárbaros cuando pasaban de la una á la otra orilla del Danubio; pero tuvieron que desistir de esta empresa (23). Ammiano-Marcelo, citando dos versos de Virgilio, dice que hubiera sido mas fácil contar las arenas que el viento del Mediodía levanta en las playas de la Libia. Un cálculo menos poético valúa la emigracion de los Visogodos en un millon de individuos.

Separaron de sus padres á los hijos varones de las familias mas distinguidas, y los distribuyeron por diferentes provincias, cuyos habitantes quedaron admirados de los brillantes adornos y marcial belleza de los jóvenes desterrados.

En cuanto á las armas no las entregaron: los Visogodos llevaban consigo los tributos que habían recibido en otro tiempo, y las antiguas riquezas que robaran á los Romanos; creyóseles opulentos porque estaban cargados de despojos; y para conservar el acero embriagaron la avaricia de los oficiales de Valente con tapices, telas preciosas, esclavos y ganados. A los que prefirieron otro lucro les prostituyeron sus hijas (24), vendiendo su honor para comprar el imperio, seguros de que con sus espadas no tardarian en conducir á las hijas de los Césares al lecho de los Godos.

Los Ostrogodos, guiados por Safrax y Aleteo que habían salvado á Witerico, se presentaron á su vez en la orilla septentrional del Danubio, y solicitaron inútilmente el favor obtenido por sus compatriotas, porque el miedo empezaba á reinar entre los Romanos.

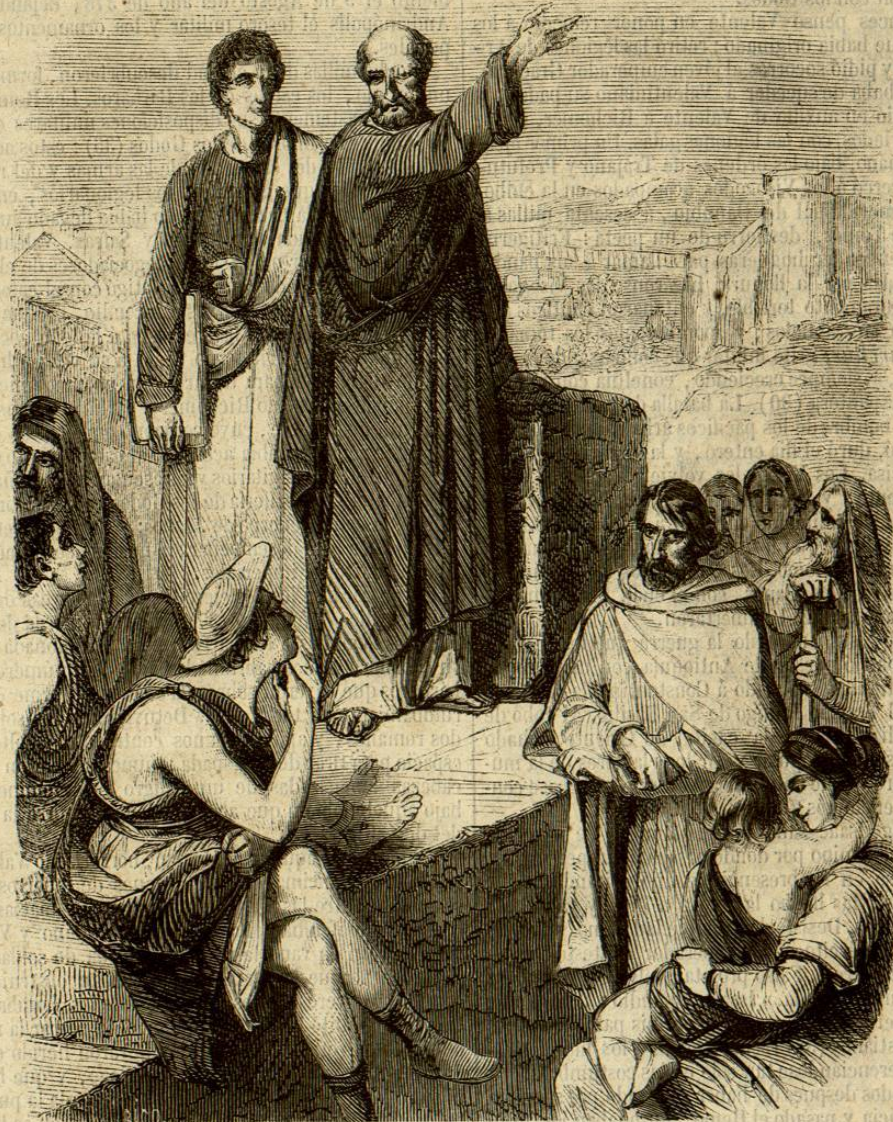
Los Visogodos avanzaron por las Tracias; los Romanos se habían encargado de alimentarlos, y no los sustentaron: suministráronles carne infestada de perros y de otros animales muertos de enfermedades: un pan costaba un esclavo, y un cordero seis libras de

plata. Despues de haber enajenado sus esclavos, no les quedó ya que vender sino el resto de sus hijos (25). Así convirtieron (porque al fin Roma debía perecer), un millon de aliados en un millon de oprimidos: la gratitud espira donde principia la injusticia.

Los Ostrogodos, dejando los ruegos, pasaron el Danubio, y ostentáronse enemigos é independientes en el territorio romano. Fritigerno, gefe de los Visogodos

formó alianza secreta con los nuevos emigrados, y se esforzó en reunir á los Godos bajo un mismo interés.

Máximo y Lupicino, generales de Valente, tenían entonces el mando de las Tracias, y eran por su avaricia y su debilidad la causa primordial de todos estos infortunios. Estalló la discordia en Marianópolis, capital de la Mœsia Baja, situada á setenta millas de Danubio: Lupicino había invitado á los gefes de los



PREDICACION DEL EVANGELIO.

Godos á un banquete con el desiguio de hacerlos asensinar: las guardias de aquellos gefes, que se habían quedado en las puertas de la ciudad, trabaron pendencia con los soldados romanos, y sus clamores penetraron en la sala del festin. Fritigerno y sus amigos desenhainaron las espadas, abriéronse paso por medio de la muchedumbre, y salieron de la ciudad teniendo la fortuna de escapar de las manos de sus enemigos (26). «Este dia, dice Jornandés, quitó el hambre á los Godos y la seguridad á los Romanos: los primeros no se consideraron ya como vagamundos y

extranjeros, sino como ciudadanos y señores del imperio.» (27)

Lupicino confiando en la disciplina de las legiones y en la superioridad de sus armas, atacó á los Godos, quienes desplegando sus banderas hicieron oír el lamentable sonido de aquel cuerno, célebre en la narracion de sus combates, y á cuyo bronco estruendo debía desplomarse el Capitolio (28): los Romanos fueron vencidos.

Antes de la emigracion general de aquellos pueblos una tropa de godos había entrado al servicio de Va-

lente, bajo el mando de Suerido y de Coliar; y atacada por los amotinados habitantes de Andrinópolis, los rechazó y se unió al gran cuerpo de sus compatriotas. Fritigerno pasó el Hemo y sitió á Andrinópolis sin lograr tomarla. Los obreros empleados en las minas de Rodope se sublevaron, refugiáronse al seno de los Bárbaros, y les sirvieron despues de guías en los reductos mas secretos de los Romanos. Los Godos libertaron á sus hijos cautivos (29), quienes les relirieron lo que habian padecido por la lascivia y crueldad de sus señores: parte de los Hunos y de los Alanos se aliaron con los Godos.

Entonces pensó Valente en poner remedio á los males que habia originado; retiró las legiones de Armenia, y pidió socorros al jóven emperador Graciano, que acababa de suceder á Valentiniano su padre, y que envió en auxilio de Valente á Richomer, conde de los criados, con las legiones galas. Un primer ejército romano, bajo las órdenes de Trajano y Profuturo, se acercó á los Visogodos acampados en la embocadura meridional del Danubio, á sesenta millas al Norte de Tomos, destierro de un poeta: Fritigerno mandó encender hogueras para llamar á sus bandas derramadas por la llanura. Ligáronse los Visogodos con un juramento terrible, y entonaron cánticos á la gloria de sus abuelos; respondiéronles los romanos con el *barritus*, grito militar que comenzando casi en voz baja, y siempre creciendo, concluía con una explosión espantosa (30). La batalla de los Sauces, que tomó su nombre de los pacíficos árboles bajo los cuales se dió, duró el día entero, y la victoria permaneció indecisa. Los Visogodos volvieron á entrar en su campamento; y los Romanos no osaron renovar el combate, determinando encerrar á los Bárbaros en el ángulo de tierra que forman el Danubio, el mar Negro y el monte Hemo. Los Ostrogodos y el partido de los Hunos y de los Alanos, con el cual, Fritigerno habia formado alianza les libertaron.

Valente, suspendiendo la guerra que hacia á los frailes, partió por fin de Antioquia con un segundo ejército. Habiendo llegado á Constantinopla maltrató al general Trajano, amigo de San Basilio. Al cabo de algunos días salió de la capital de Oriente, echado por el desprecio popular y por los clamores de la muchedumbre que le daba prisa para que marchase contra otros enemigos (31).

El monge Isaac salió inmediatamente de su celda próximo al camino por donde pasaba el emperador, y poniéndose en su presencia le dijo gritando: «¿A dónde vas? Has hecho la guerra á Dios, y ya no está en favor tuyo. Desiste de tu impiedad, ó no volveré ni tú ni tu ejército.» El emperador contestó: «Ponedle en la cárcel. Falso profeta, volveré y mandaré que te quiten la vida.» Isaac respondió: «Mándame dar la muerte si hallas mentira en mis palabras.» Los frailes cristianos (32) reemplazaban á los filósofos énicos, diferenciándose tan solo en las costumbres.

Los Godos despues de haber saqueado por segunda vez la Trácia y pasado el Hemo, inundaban los alrededores de Andrinópolis. Frigerido, general de Graciano, habia derrotado á varios aliados de los Godos, entre otros á los Taifalos, bárbaros licenciosos, cuyos prisioneros fueron trasladados á las tierras abandonadas de Parma y de Módena (33). Sebastian, general en jefe de la infantería de Valente, se habia dedicado á restablecer la disciplina en un cuerpo particular, el cual logró inmensa ventaja sobre un número superior de enemigos. Embriagado con tales triunfos, preparóse Valente para vencer á los pueblos godos y se estableció en un campo fortificado bajo las murallas de Andrinópolis.

Richomer, venido del Occidente, corrió á anunciar á Valente que su sobrino, vencedor de los Alemanes, se adelantaba para sostenerle.

Al propio tiempo un obispo enviado por Fritigerno,

político tan astuto como diestro caudillo, se presentó con humildes palabras y sumisiones. Protestó públicamente de la fidelidad de los Godos, que á su decir tan solo solicitaban apacentar sus ganados en la desierta Trácia; pero en cartas secretas, estimulaba Fritigerno al emperador á emprender la marcha (34), asegurándole que el solo terror que inspiraba su nombre obligaría á los Godos á someterse. Valente, zeloso de la fama de Graciano, no quiso esperar á un príncipe jóven que podia arrebatarle el honor de la victoria, ó por lo menos participar de él, y levantó el campamento el 9 de Agosto del año de 378, dejando en Andrinópolis el tesoro militar y los ornamentos imperiales.

A ocho millas de la ciudad descubrieron, formando un círculo, los carros de los Bárbaros. Los Romanos tomaron tristemente sus disposiciones militares entre los lúgubres clamores de los Godos (35): estos admirados también del estruendo de las armas y del ruido de los escudos que golpeaban los legionarios, enviaron á proponer la paz, porque no habia llegado aun su caballería mandada por Alateo y Safrax. Valente se obstinó en no dar oídos sino á negociadores de elevada esfera: el soldado romano se fatigó con el calor del día, acrecentado con un vasto incendio, porque habian prendido fuego á las yerbas y á la leña seca de los campos (36). Fritigerno pidió á su vez un hombre de distinción para tratar de un acomodamiento, y habiéndose ofrecido Richomer, partió con consentimiento de Valente, cuyo corazón comenzaba á desmayar. Apenas se habia acercado al campamento enemigo, cuando los sagitarios y los escutarios empeñaron el combate. La caballería de los Godos volvía entonces reforzada con un cuerpo de Alanos; y sin dejar tiempo á Richomer para desempeñar su mision, se precipitó contra las tropas imperiales.

Encontráronse los dos ejércitos cual las proas de los bajeles, dice Ammiano (37). El ala izquierda de las legiones llegó hasta los carros; pero abandonada por su caballería, quedó abrumada bajo el sin número de bárbaros que cayeron sobre ella como un enorme derumbamiento de tierra (38). Detuviéronse los soldados romanos; y apiñados unos contra otros, faltóles espacio para tirar de la espada: nunca se vieron sus cabezas amenazadas de un peligro mas inminente bajo aquel cielo en que acababa de extinguirse la luz del día (39).

En medio de aquella confusion, horrorizado Valente, saltó por encima de los montones de muertos, y se refugió entre las filas de los lanceros y maciarios que aun se defendían. Los generales Trajano y Victor buscaron en vano la reserva formada de soldados Bátavos, porque los caminos se hallaban obstruidos con los cadáveres de los caballos y de los hombres. Una flecha quitó la vida al emperador al cerrar la noche, aunque otros dicen que lo llevaron herido con varios eunuocos á la casa de un labriego, y que habiendo llegado los Godos y hallado atrancada la puerta, la prendieron fuego (40), ignorando quién se hallaba dentro. Valente pereció entre las llamas. «Fue quemado con régia pompa, dice Jornandés, por los que le habian pedido la verdadera fe, y á quienes habia engañado dándoles el fuego del infierno en vez del fuego de la caridad (41).»

Los dos generales Trajano y Sebastian, Valeriano, caballero mayor, Egnicio gobernador de palacio; Potencio, tribuno de los Promos; otros treinta y cinco tribunos, y las dos terceras partes del ejército romano, quedaron en el campo. Segun el autor ya citado la historia no presenta otra batalla en que haya sido tan horrorosa la carnicería, si exceptuamos la de Canas (42).

Los Godos dieron el asalto á Andrinópolis sin lograr su rendicion; y habiendo descendido hasta Constantinopla, admiraron los edificios que descollaban, por

encima de las murallas que defendian la ciudad: su destino era ver á Constantinopla y tomar á Roma: entre estos dos límites, el mundo civilizado era la liza abierta para sus correrías. Horrorizados con la acción de un sarraceno (43), retrocedieron hácia el Hemo, forzaron el paso de Sugnes, y se derramaron por un país fértil hasta el pié de los Alpes-Julianos. Los lugares por donde habia pasado aquella muchedumbre, no presentaban mas que el aspecto de una playa desierta y asolada cuando se ha retirado el flujo que ha atraído las tempestades y los bajeles.

Libanio compuso la oracion fúnebre de Valente y de su ejército. «Las lluvias del cielo han borrado la sangre de nuestros soldados; pero quedan sus huesos blanqueando, testigos mas duraderos de su arrojo. El mismo emperador ha caído á la cabeza de los Romanos, No imputemos la victoria á los Bárbaros; la cólera de los dioses es la causa única de nuestros infortunios.» Libanio se acordaba de Juliano.

Ammiano que termina su obra en la muerte de Valente, procura tranquilizar á los Romanos sobre los triunfos de los Godos: recuerda las diferentes invasiones de los Bárbaros desde la de los Cimbros, con el objeto de probar que nunca lograron buen éxito: esta digresion del historiador, manifiesta mucho mejor de de que yo pudiera decir el terror de los pueblos y sus presentimientos sobre el porvenir.

El mismo Ammiano cuenta (y son casi las últimas líneas de aquel soldado griego de la ciudad de Antioquia, que escribía en latin sus recuerdos en la ciudad de Roma); este mismo Ammiano cuenta, que el duque Juliano que mandaba mas allá del Tauro, ordenó por medio de cartas secretas que asesinaran en el día y hora señalados á los Godos dispersados por las provincias de Asia. «Merced á este artificio prudente se libró el Oriente, sin estruendo y sin combates, de un peligro inminente (44).» La lección provenia de Mitrídates; pero no aprovechó ni al reino del Ponto, ni al imperio romano. Graciano vengó mejor á Valente, elevando á la púrpura á Teodosio.

SEGUNDA PARTE.

La familia de Teodosio era española, como la de Trajano y de Adriano. Teodosio* no solicitó el poder, ni empleó mas intrigas que su fama, ni mas protectores que la necesidad. Estaba desterrado, y era hijo de un gran general, decapitado injustamente en Cartago (1): deseaba la paz y la medianía, y tuvo guerras y riquezas: un emperador que apenas frisaba en los diez y nueve años le nombró colega suyo.

En el reinado de Teodosio, sucesor de Valente en Oriente, los Godos se dividieron y se sometieron. Los Visogodos se establecieron en la Trácia, los Ostrogodos en la Frigia y en la Lidia, é introducidos en el imperio no salieron ya de él. Un partido (el de Fravitta, que era pagano), queria permanecer fiel á los Romanos; y otro (el de Prulfo ó de Eriulfo) sostenia que no habia obligacion de guardar fidelidad á señores cobardes y pífidos. La enemistad de ambos gefes estalló en un banquete á que Teodosio los habia convidado. Fravitta siguió á Prulfo que se habia levantado de la mesa, y le sepultó su espada en el vientre (2).

Graciano gobernaba el Occidente, mientras que su hermano Valentiniano II, niño aun, residia en Italia. El poeta Ausonio, que profesaba el helenismo, habia tenido parte en la educacion de Graciano (3), y San Ambrosio habia compuesto para este príncipe, á quien llamaba cristianísimo (4), una instruccion sobre la Trinidad. Graciano se negó á tomar el ropaje pontifi-

* GRACIANO, VALENTINIANO II, TEODOSIO I, emper. DAMASO I, SIRICO, papas. De 389 á 395.

cal de los idolos (5); publicó, y rebocó despues un edicto de tolerancia (6), y eximió á las mujeres cristianas de subir al teatro (7). El Cristianismo era un derecho futuro á la libertad, y un privilegio actual de virtud.

Graciano, prefiriendo la caza á los demás placeres, entregaba su confianza á los alanos de su guardia, que se distinguían principalmente como cazadores; y los otros bárbaros que estaban en su servicio concibieron profunda envidia. Mellobaudez, rey de una tribu de los Francos, (aquel mismo Mellobaudez que habia querido hacer reconocer á Valentiniano II, para reinar en nombre de un niño), habia logrado á fuerza de doblez ser el favorito de Graciano. Entonces Máximo, soldado ambicioso, permitió que le proclamasen Augusto en la Gran-Bretaña: cayó sobre las Galias, acompañado de treinta mil soldados, y seguido de una poblacion numerosa que se fijó en parte en la Armórica. Graciano que residia en Paris, emprendió la fuga, y detenido por el gobernador del Lyonesado, fue puesto en manos de Andragacio, general de la caballería de Máximo y sufrió la muerte. Mellobaudez participó de la suerte de su amo á quien quizás habia vendido (8). El emperador de Oriente toleró la usurpacion de Máximo.

Teodosio publicó un edicto famoso en favor de la religion católica, cuyo edicto ordena seguir la religion enseñada por San Pedro á los Romanos; creer en la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, autorizando á los que profesasen esta doctrina para que se llamasen católicos (9).

Sin embargo, el arrianismo triunfaba en las orillas mismas del Bósforo: Roma y Alejandria rechazaban hacia cuarenta años la comunión de los obispos y de los príncipes de Constantinopla, y la controversia ocupaba á la ciudad entera. «Rogad á un hombre que os trueque una moneda de plata, y os enseñará en qué se diferencia el hijo del padre; preguntad á otro cuanto vale el pan, y os responderá que el hijo es inferior al padre: informaos si está pronto el baño, y os dirán que el hijo ha sido criado de la nada (10).»

San Gregorio Nacianceno intentó fundar en Constantinopla una iglesia católica; atacáronle y la discordia dividió su rebaño.

Teodosio, despues de haber recibido el bautismo y publicado su edicto, ordenó á Demófilo, obispo arriano, que reconociese el símbolo de Nicea, ó que cediese Santa Sofía y las demás iglesias á los sacerdotes de la fe ortodoxa. Gregorio fue instalado en la cátedra episcopal por Teodosio en persona, rodeado de sus guardias. Pero los santuarios se veían vacíos, y la poblacion arriana lanzaba gritos (11). Esta resistencia produjo la proscripcion del arrianismo en todo el Oriente; y un sínodo convocado en Constantinopla el año 382 confirmó el dogma de la consubstancialidad. La intervencion del poder político no sirvió de obstáculo á S. Gregorio, cansado ya para abdicar su silla é ir á morir en el destierro (12).

Máximo, usurpador de las Galias, tan ortodoxo como Teodosio, fue el primer príncipe católico que derramó la sangre de sus súbditos por opiniones religiosas. Prisciliano, obispo de Avila en España, fundador de la secta de su nombre, fue castigado con la pena capital en Tréveris con dos sacerdotes y dos diáconos (13): el poeta Latroniano, y Euehrocia, viuda del orador Delfidio, sufrieron la misma suerte. Acusaban á los Priscilianos de magia, de vida licenciosa y de impiedad. San Ambrosio y San Martin de Tours condenaron semejantes crueldades.

Dije ya que la emperatriz Justina, segunda mujer de Valentiniano I, y madre de Valentiniano II, era arriana. Quiso abrir en Milan una iglesia de su confesion; Ambrosio se opuso á ello, y siguiéronse turbulencias; mas el santo que las habia excitado con su celo, las calmó con su autoridad. Sin embargo, condenado al destierro, negóse á obedecer, y el pueblo